

Cumplía el mismo ritual dos de cada cuatro atardeceres. Solía sentarse frente a la parada del bus nocturno en Atocha para volver a casa. Le daba igual la hora, no tenía miedo a la noche; es más, la buscaba. El rostro adopta nuevos ángulos y contornos, la mirada cambia y las sonrisas más inocentes pueden volverse malévolas. Las ojeras no se ven, la piel seduce y el negro atrae y no ahuyenta. Dormir era otra cuestión, aún le machacaba el recuerdo. Sin embargo, ya era capaz de salir, ponerse zapato alto, escuchar otras historias de vida. Ya tenía fuerzas para sus ironías, sus ensoñaciones inocentes y sus películas a medio acabar. Ya se lo dijo Lucía a tres días de conocerla: “me hace feliz hacerte feliz”, y acto seguido le chocó los cinco. Nunca antes una chica en tan poco tiempo la había cuidado tanto, impulsándola aún más.

Como parte de su ritual bajaba toda la calle hasta el McDonald's que hacía esquina, con la música a tope, disfrutando esa pendiente casi interminable que soltaba y aceleraba sus pasos como si flotase. Pidió una hamburguesa y se sentó a comer bajo el alfeizar de una ventana, algo alejada del pelotón de gente de la parada del bus. No quería un verano de viajes, playas, posados en bikini ni atardeceres fotogénicos. Solo quería volver a reconciliarse con su soledad, controlar los terrores nocturnos y formatear una mente que a veces pareciera más enemiga que consejera. A veces se sentía obsoleta, con la enorme tara de quien carga con besos de Judas, risas diabólicas, insultos que aplastan. Su tarea ese verano era quitarse la piel muerta, las creencias oxidadas y la artrosis del alma. Lavar la cara cansada, la mirada melancólica, la madurez innecesaria y desaprender esas cosas que una nunca debió saber. Ya no sostendría vigas de miedo. Mientras se las ingeniaba para no pringarse con las salsas, un hombre se la acercó en silla de ruedas. La gente miraba la curiosa escena de una chica de pelo largo joven

hablando con un hombre mayor. Sociedad de pasmarotes. El hombre no fue indiferente a esas miradas, pero se limitó a acercar su silla adonde ella estaba sentada. Ofrecía premios y regalos de sorteos benéficos. Oscilaba los sesenta años y llevaba unas gafas y una gorra. La habló sin parar como si la conociese de siempre y una vez que le hubo contado de su trabajo y su ciudad natal le comentó su trabajo con niños enfermos en hospitales y ella se conmovió de esa forma que solo la gente que tiene corazón lo hace, una conmoción breve como cuando vuela un recuerdo triste. Repentinamente, cambió el registro y empezó a relatarle chistes de todo tipo, un tanto picantes, pero poco aderezados, y ella forzó la risa para complacer a ese hombre. “Te gusta la soledad, no tienes miedo. Te sientas aquí en mitad de la noche. Se te nota además que acabas de salir de una depresión”. A la chica le ardió la garganta y se encogió como si hubiesen descubierto su cicatriz más profunda. Se encorvó un poco. “Pero mírate ahora- prosiguió- eres fuerte. Eso te ha hecho más fuerte”. Cuando llegó el bus el hombre le acompañó moviendo su silla. Él le regaló un boleto del sorteo antes de marcharse. Ella subió con cuidado al autobús dejando allí al hombre, preguntándose dónde tendría su ropa y sus recuerdos alojados. Se sentó junto a la ventana con el ronroneo del motor esperando a que la oscuridad reinase para así cerrar los ojos dejando atrás carteles luminosos y edificios brillantes. Rozó el cristal con la mejilla y dos lágrimas silenciosas cayeron, con la intimidad de quien disfruta solo de su tristeza. Lloró sin gesticular para que no se le acartonase la piel pues llorar era parte de la rutina. Se dejó envolver por lo erótico de la música que escuchaba, por las voces graves y acogedoras y se sintió segura. Relajó el cuerpo. Una media sonrisa rebelada se dejó ver entre los dos hilos de lágrimas.

*“Buses de regreso a casa”. Escrito por Paos*